

Boron, Atilio A. CAPÍTULO IV. ALEXIS DE TOCQUEVILLE, LA DEMOCRACIA Y EL ESTATISMO DE LA SOCIEDAD BURGUESA. En publicación: Estado, capitalismo y democracia en America Latina. Atilio A. Boron. Coleccion Secretaria Ejecutiva, CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Ciudad de Buenos Aires, Argentina. Agosto 2003. p. 320. ISBN: 950-9231-88-6. Disponible en la World Wide Web:
<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/estado/capituloIV.pdf>

Fuente: Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe de la red CLACSO - <http://www.clacso.org.ar/biblioteca>



**BIBLIOTECA VIRTUAL DE CIENCIAS SOCIALES DE AMERICA LATINA
Y EL CARIBE, DE LA RED DE CENTROS MIEMBROS DE CLACSO**

<http://www.clacso.org/wwwclacso/espanol/html/biblioteca/fbiblioteca.html>

Como citar este documento

Boron, Atilio. **Estado, capitalismo y democracia en America Latina**. *Coleccion Secretaria Ejecutiva*, Clacso, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Ciudad de Buenos Aires, Argentina. Agosto 2003. p. 320. 950-9231-88-6. Disponible en la World Wide Web:

<http://www.clacso.org/wwwclacso/espanol/html/libros/estado/estado.html>

E-mail: clacso@clacso.edu.ar

CAPÍTULO IV
ALEXIS DE TOCQUEVILLE, LA DEMOCRACIA
Y EL ESTATISMO DE LA SOCIEDAD BURGUESA

I. UN INTELLECTUAL ARISTOCRÁTICO ENTRE LA DEMOCRACIA Y LA REVOLUCIÓN

Hace poco más de ciento cincuenta años desembarcaba en Nueva York Alexis de Tocqueville, un aristócrata normando que apenas contaba con veintiséis años y que procedía de una familia históricamente ligada a la monarquía francesa. Uno de sus abuelos había perecido en la guillotina durante la Revolución Francesa, y sus padres escaparon providencialmente de idéntico destino gracias a la caída de Robespierre. Durante siglos sus antepasados habían servido en la burocracia de los Borbones y el joven Alexis no habría osado quebrar esa tradición. Consecuentemente, en 1827 se incorporó como juez auditor en las cortes de Versalles de la restaurada monarquía borbona, precisamente en los momentos en que ésta se encaminaba hacia su destronamiento definitivo. En efecto, a poco de andar los decrepitos proyectos reaccionarios de Carlos X se estrellaron contra la dura realidad de una Francia plenamente burguesa. La caída del último Borbón significó el ascenso de la dinastía Orleanista, encarnada en la persona de Luis Felipe. Con la inauguración de la advenediza Monarquía de Julio se inició en Francia –tal como lo advierte Marx en su célebre análisis sobre la revolución de 1848– el dominio de la aristocracia financiera. Este cambio modificó significativamente los planes del joven Tocqueville: el juramento de fidelidad a la nueva casa reinante repugnaba a su conciencia, fuertemente ligada al legitimismo borbón, y era un acontecimiento aberrante en el marco de su densa tradición familiar. Para escapar de tan penosa contradicción solicitó y obtuvo licencia para estudiar el funcionamiento del sistema penal norteamericano; acompañaría así a su entrañable amigo, Gustave de Beaumont, quien viajaría a los Estados Unidos animado por propósitos similares. Brillante excusa: su correspondencia habría luego de revelar que, en realidad, lo que Tocqueville quería examinar era la estructura y el funcionamiento de la democracia norteamericana, para lo cual ya había preparado un minucioso proyecto que mucho se cuidó de divulgar. El resultado del viaje, que se prolongó por nueve meses, no pudo haber sido más fructífero. Aparte de elaborar conjuntamente con Beaumont un informe oficial sobre el sistema penitenciario norteamericano y su aplicación en Francia –que apareció en 1833– Tocqueville publicó en 1835, cuando todavía no llegaba a cumplir treinta años, la primera parte de un libro extraordinario, *La democracia en América*, cuyo complemento habría de aparecer en 1840.

El éxito de la obra fue fulminante y clamoroso, y de inmediato comenzó traducirse a las principales lenguas europeas. Fue nada menos que John Stuart Mill quien promovió su publicación en Inglaterra, y a partir de esa fecha Tocqueville se convirtió en un asiduo colaborador de la prestigiosa *London and Westminster Review*, ya por entonces convertido en el órgano teórico de las más encumbradas expresiones del pensamiento liberal. En 1836 el libro había sido traducido al inglés y ¡al castellano!, y en 1855 y 1864 se contaba con versiones de *La Democracia en América* publicadas en México y Argentina. Por consiguiente, su repercusión se hizo sentir enseguida y con mucha fuerza en toda América Latina, en donde la obra de Tocqueville fue vivamente debatida en los círculos intelectuales del liberalismo, que tradicionalmente habían mirado hacia Francia y Gran Bretaña para doblegar el oscurantismo y el aislamiento a que los condenaba el decrepito orden post-colonial. En un estudio esclarecedor Natalio Botana ha rastreado la influencia de Tocqueville –y en general de toda la tradición republicana– sobre nuestros grandes pensadores, y en especial Domingo F. Sarmiento y Juan B. Alberdi. El testimonio de Bartolomé Mitre, en 1880, es terminante al reconocer que *La democracia en América* había sido el “libro de cabecera” de su generación. Botana también apunta el papel medular que la formulación tocquevilleana ejerció sobre el infatigable intelecto de Sarmiento:

“Hacia él dirigió Sarmiento su mirada en el *Facundo* (secretamente soñaba con emularlo): “a la América del Sur en general, y a la República Argentina sobre todo, le ha hecho falta un Tocqueville”; a nadie permitió que le disputara el privilegio de ser primer introductor de *La democracia en América* en Santiago”¹.

A su regreso a Francia, Tocqueville se embarca activamente en la carrera política. En 1839 es elegido diputado por su distrito natal, en Normandía, y retiene su cargo hasta la revolución de 1848. Logra su reelección a la Asamblea Constituyente de la Segunda República y en la nueva Asamblea Legislativa de 1849, de la cual llegaría a ser vicepresidente; también se desempeñaría por corto tiempo como ministro de Asuntos Exteriores del gabinete Barrot. Asombra comprobar cómo un talento de primer orden como el de Tocqueville es insuficiente para dejar alguna huella significativa de su paso por la política. Definitivamente, sus excepcionales dotes de observador de bien poco le sirvieron para navegar en las revueltas aguas de la política francesa en épocas de cambio. Resueltamente opuesto al *coup d'état* de Luis Bonaparte propuso una acusación constitucional –tan decorosa como ineficaz– contra el futuro emperador cuando ya era obvio que su as-

1. Cf. Natalio Botana, *La tradición republicana*, Buenos Aires, Sudamericana, 1984, pp. 11 y 270. Véase asimismo Richard Morse, *El espejo de Próspero*, México, Siglo XXI Editores, 1982, pp. 97-111; José Luis Romero, *A History of Argentine Political Thought*, Stanford, Stanford University Press, 1963, cp. 5. [hay traducción al castellano]; y Gino Germani, *Política y Sociedad en una Época de Transición*, Buenos Aires, Paidós, 1962, cps. 7-9.

censo al cetro imperial era irresistible. Ese fue el fin de su corta carrera política. Derrotado y humillado se retiró a su comarca, donde permanecería hasta su muerte, ocurrida en 1859. Allí se puso a escribir lo que equivocadamente presentaría habería de ser su *opus magna*, una historia de la Revolución Francesa de la cual sólo publicaría un pequeño pero memorable estudio inicial: *El antiguo régimen y la revolución*. El resto de sus notas sobre la historia de la decadencia de la Francia aristocrática, inéditas por largo tiempo, serían publicadas mucho más tarde, complementando un fresco de singular riqueza pero que, sin embargo, empalidece cuando se lo compara con su penetrante análisis de la sociedad norteamericana².

II. LOS ESTADOS UNIDOS COMO UN *TEST-CASE*

Alexis de Tocqueville se dirigió a los Estados Unidos para estudiar la democracia norteamericana; pero su propósito no era simplemente el de satisfacer una mera curiosidad intelectual. Además, le interesaba mucho más la democracia que los Estados Unidos; su interés obsesivo era comprender el funcionamiento de un régimen democrático y las implicaciones que éste podría tener para la preservación o destrucción de la libertad. En sus propias palabras:

“No solamente para satisfacer una curiosidad, por otra parte muy legítima, he examinado la América; quise encontrar en ella enseñanzas que pudiésemos aprovechar. Se engañarán quienes piensen que pretendí escribir un panegírico... No pretendí siquiera juzgar si la revolución social, cuya marcha me parece inevitable, era ventajosa o funesta para la humanidad. Admito esa revolución como un hecho realizado o a punto de realizarse y, entre los pueblos que la han visto desenvolverse en su seno, busqué aquél donde alcanzó el desarrollo más completo y pacífico, a fin de obtener todas las consecuencias naturales y conocer, si se puede, los medios de hacerla aprovechable para todos los hombres. Confieso que en Norteamérica he visto algo más que Norteamérica; busqué en ella la imagen de la democracia misma, de sus tendencias, de su carácter, de sus prejuicios y de sus pasiones; he querido conocerla, aunque no fuera más que para saber al menos lo que debíamos esperar o temer de ella”³.

¿Qué se podía esperar o temer de la democracia? Pregunta pertinente para alguien preocupado por el desgarramiento producido en la sociedad europea a partir de la gran revolución, que había liquidado el antiguo régimen e inaugurado un

2. Para más antecedentes biográficos y sociales sobre Tocqueville y su época ver Jack Lively, *The Social and Political Thought of Alexis de Tocqueville*, Oxford, Clarendon Press, 1962; J. P. Mayer, *Prophecy of a Mass Age*, Londres, 1939 y G. W. Pierson, *Tocqueville and Beaumont in America*, Nueva York, 1938, Hugh Brogan, *Tocqueville*, Londres, Collins/Fontana, 1973, André Jardin, *Alexis de Tocqueville, 1805-1859*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.

3. Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957, p. 39.

período revolucionario cuyas turbulencias todavía se dejaban sentir en el escenario europeo. Sus aprensiones se verían confirmadas por el estallido de las revoluciones de 1848, y tanto las imágenes amenazadoras de las masas plebeyas –adueñadas del poder por unos pocos días– como las de las viejas monarquías, ya irremisiblemente condenadas por los inexorables progresos democráticos, atormentaban profundamente su espíritu. La vieja Europa se desmoronaba, y Tocqueville sabía perfectamente que era imposible detener un derrumbe que la Revolución Francesa había acelerado dramáticamente. Sólo Inglaterra quedaba todavía en pie: allí los vientos de la revolución no habían adquirido la intensidad registrada en el continente, en parte atribuible al oportuno –pero no por ello menos incierto– compromiso entre una nobleza aristocrática que no se había olvidado de la decapitación de Carlos I y una pujante burguesía industrial cuyos intereses no eran menoscabados por la supervivencia de rituales y vestigios aristocráticos. Pero era precisamente Estados Unidos el lugar en donde el avance de la revolución democrática había llegado hasta el fin, y allí era preciso acudir para observar la naturaleza de los nuevos procesos políticos y sociales que estaban conmoviendo al viejo mundo. Debe señalarse que, al obrar de este modo, Tocqueville procede con el mismo criterio metodológico que Marx explicitara en el prólogo a la primera edición de *El capital*: es necesario estudiar los fenómenos sociales “allí donde se presentan en forma más nítida y menos oscurecidos por influjos perturbadores”, y si Marx estudió el modo de producción capitalista observando en Inglaterra las “tendencias que actúan y se imponen con férrea necesidad”, Tocqueville sabiamente decidió estudiar la “revolución democrática” en su “sede clásica”, los Estados Unidos⁴.

El examen de la democracia norteamericana revelaría, por consiguiente, algunas claves que permitiesen avizorar el destino inmediato de Francia y Europa, determinar qué se podía “esperar o temer” de una revolución que era irresistible y que tanto podría abrir nuevos horizontes de libertad a la sociedad moderna como precipitarla al abismo insondable de nuevas y más refinadas formas de despotismo jamás experimentadas por sociedad alguna. Esta actitud tocquevilliana fue correctamente interpretada por Harold Laski, al comparar el sentido del análisis del francés sobre los Estados Unidos con el que brota de las páginas de Lord Bryce en *The American Commonwealth*: el aristócrata inglés estaba fundamentalmente interesado en comprender la naturaleza del moderno “fragmento” británico en el Nuevo Mundo, mientras que Tocqueville estaba en rigor “escribiendo un libro sobre la civilización francesa, y los Estados Unidos aparecen en sus páginas como una fuente de ilustración más que como tema central”. En realidad, continúa Laski, a Tocqueville le preocupaba más la posibilidad “de descubrir en las condiciones americanas los medios para analizar el futuro de Francia que entender a los Estados Unidos por sí mismos”⁵.

4. Karl Marx, *El capital*, México, Fondo de Cultura Económica, Tomo I, p. XIV.

5. Harold Laski, *The American Democracy*, Londres, 1949, pp 16-17 y 722.

De ahí entonces la importancia de Tocqueville: no es tan sólo un historiador o sociólogo que estudia y analiza una sociedad concreta sino un teórico que supera la inmediatez de su objeto y nos plantea un conjunto de problemas genéricos en torno a las posibilidades y límites de la democracia en la sociedad burguesa. Es por eso que, con el correr de los años, su obra se convierte en un clásico de la teoría política. Se verifica, por lo tanto, un análisis en dos niveles: el de la historiografía y el de la ciencia política, similar al que muy atinadamente observara Alessandro Pizzorno en relación a los estudios de Antonio Gramsci sobre el *Risorgimento* italiano y la cuestión meridional⁶. El segundo –el Tocqueville como teórico político– es el que nos parece pertinente comentar en estas páginas; la crítica historiográfica ha avanzado muchísimo en sus investigaciones sobre la América de la era de Jackson como para discutir en ese nivel la exactitud o la penetración del discurso de Tocqueville. Lo que lo ha transformado en un clásico del pensamiento político es justamente su reflexión sobre el Estado democrático y el porvenir de la libertad en la sociedad capitalista. Es pues en este terreno de la ciencia política donde encontramos el legado fundamental que compensa con creces la transitoriedad y la relativa imperfección de sus observaciones históricas. Es aquí donde hallamos la actualidad de sus reflexiones, de su “pesimismo esperanzado” acerca del futuro de la democracia. Sus meditaciones no podrían ser hoy más oportunas, en momentos en que las corrientes más significativas del pensamiento burgués han cristalizado una reformulación autoritaria de la teoría democrática que coloca nuevamente sobre el tapete los argumentos de Tocqueville. Es esa permanencia lo que autoriza a situarlo –junto con Wilhelm Von Humboldt, Benjamin Constant y John Stuart Mill– como uno de los mayores exponentes del liberalismo del siglo XIX⁷.

III. LA DEMOCRACIA: ¿RÉGIMEN POLÍTICO O CONDICIÓN SOCIAL?

Tocqueville introdujo una novedad fundamental en el pensamiento liberal: caracterizó a la democracia como *una condición social* en la cual prevalecía el *principio y la práctica de la igualdad*. Democracia e igualdad se funden en su pensamiento en una sola entidad sociológica-política, y aún cuando en su grueso volumen las dos nociones fundamentales de todo su pensamiento –democracia y libertad– no se encuentren rigurosamente definidas, parecería ser meridianamente claro que Tocqueville se aparta de la tradición clásica del liberalismo y produce una definición sustantiva, no solamente formal, de la democracia⁸. En efecto, en

6. Cf. Alessandro Pizzorno, “Sobre el método de Gramsci”, en Autores Varios, *Gramsci y las ciencias sociales*, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente 19, 1970, pp. 41-64.

7. Sobre este particular consultar Lively, *The social...*, op. cit., p. 8.

8. Cf. Lively, op. cit., p. 49; Raymond Aron, *Ensayos sobre las libertades*, Alianza, 1966, p. 22; Seymour Drescher, *Dilemmas of Democracy*, Pittsburg, 1968, p. 20.

la tradición teórica liberal de los siglos XVII y XVIII se concebía al ciudadano en su abstracción jurídica, como una partícula atomizada de la vida estatal cuyos derechos y garantías se constituían con independencia de las condiciones sociales concretas de los individuos. Por eso, el empobrecido discurso liberal sobre la democracia tendía inevitablemente al formalismo: versaba sobre las formas posibles del gobierno –y los modelos de relaciones entre el individuo y el Estado– y nunca sobre una condición histórica de la sociedad. En Tocqueville, por el contrario, *la democracia se define a partir de la sociedad civil*: su verdadera esencia es la igualdad, mientras que su opuesto, la aristocracia, se determina por una situación estructural de privilegio y desigualdad institucionalizadas. La democracia es un nuevo tipo de sociedad que sustituye al arcaico orden aristocrático, irremisiblemente condenado a la desaparición. Veamos cómo lo plantea Tocqueville:

“Una gran revolución democrática se palpa entre nosotros. Todos la ven; pero no todos la juzgan de la misma manera... Cuando se recorren las páginas de nuestra historia, no se encuentran, por decirlo así, grandes acontecimientos que desde hace setecientos años no se hayan orientado en provecho de la igualdad... Por doquier se ha visto que los diversos incidentes de la vida de los pueblos se inclinan en favor de la democracia. Todos los hombres la han ayudado con su esfuerzo; los que tenían el proyecto de colaborar para su advenimiento y los que no pensaban servirla... El desarrollo gradual de la igualdad es pues un hecho providencial, y tiene las siguientes características: es universal, durable, escapa a la potestad humana y todos los acontecimientos, como todos los hombres, sirven para su desarrollo”⁹.

Se comprende, por lo tanto, que nuestro autor confiese haber escrito su libro bajo la impresión “de una especie de terror religioso producido... al vislumbrar esta revolución irresistible que camina desde hace tantos siglos, a través de todos los obstáculos y que se ve aun hoy avanzar en medio de las ruinas que ha causado”. Una revolución que hace que las clases sociales se entremezclen y confundan; que las barreras que separaban en compartimientos estancos a los hombres sean desquiciadas ante la potencia pulverizadora de la sociedad civil; que se divida el dominio y se comparta el poder, y en la cual “las luces se esparcen y las inteligencias se igualan”¹⁰. Se entiende así que Tocqueville exhorte a:

“Instruir a la democracia, reanimar si se puede sus creencias, purificar sus costumbres, reglamentar sus movimientos, sustituir poco a poco con la ciencia de los negocios públicos su inexperiencia y por el conocimiento de sus verdaderos intereses a los ciegos instintos; adaptar su gobierno a los tiempos y lugares...”¹¹.

9. Alexis de Tocqueville, op. cit., pp. 3-33.

10. Ibid., pp. 34 y 35.

11. Ibid., p. 34.

Por lo tanto, no se trata de pretender vanamente reconstruir a la sociedad aristocrática pues

“Estoy, además, convencido de que todos los que en nuestro siglo intenten apoyar la libertad en el privilegio y en la aristocracia, tendrán poco éxito... Así, no se trata de reconstruir una sociedad aristocrática, sino de hacer salir la libertad del seno de la sociedad democrática en que Dios nos ha colocado”¹².

Lo que se requiere, según Tocqueville, es recuperar la herencia libertaria que él percibía latiendo en los pliegues del feudalismo, herencia que sin embargo no podía sustentarse en las mismas clases, instituciones y prácticas sociales del viejo régimen. La era de la aristocracia había iniciado su crepúsculo definitivo y serían inútiles todos los intentos de reimplantar un principio de desigualdad –para colmo, legalmente sancionado– entre los hombres de la nueva sociedad. Tocqueville rechaza como anacrónica semejante propuesta, diferenciándose nítidamente de las elaboraciones reaccionarias de Bonald y de Maistre y del argumento conservador –más realista y refinado– de Edmund Burke.

Como vemos, en resumidas cuentas, hay en Tocqueville un desplazamiento radical del centro de gravedad del discurso teórico democrático liberal: un movimiento que se aleja del Estado y que procura encontrar las raíces de la democracia en la sociedad civil. Se produce, en síntesis, un tránsito radical del politicismo juricista y formalista a un rotundo societalismo. Si Hobbes define al ciudadano por su *political obligation* –entendida como incondicional sumisión al Estado–, Tocqueville lo hará en función de su pertenencia a una formación social históricamente caracterizada por la igualdad de sus integrantes. Claro está que el teórico francés no llegó hasta el fondo de la cuestión, pues desconocía la anatomía profunda de la moderna sociedad burguesa y para lo cual hubiera tenido que iniciar una crítica sistemática de la economía política clásica tal como la que Marx iría a desarrollar unos pocos años más tarde. Pero, en su búsqueda de las raíces sociales de la democracia y a pesar de que exageró notoriamente los alcances del igualitarismo norteamericano, Tocqueville produjo una verdadera revolución al interior del paradigma liberal burgués: exploró, por vez primera de modo sistemático, la relación entre los aspectos sustantivos y formales de la democracia burguesa, es decir, el nexo dialéctico entre igualdad concreta y libertad formal, el cual habría de constituir la piedra angular de la crítica marxista de la política y la ideología burguesas. Como resultado de su indagación extrajo dos conclusiones inquietantes: en primer lugar, que los formalismos democráticos son letra muerta si no se asientan sobre una condición generalizada de igualdad. Por lo tanto, la libertad política, la tolerancia y el pluralismo difícilmente puedan echar raíces en un suelo que no se haya desembarazado de remanentes aristocráticos y jerarquizantes, conclusión ésta que Marx llevaría hasta sus últimas consecuencias al plantear que las relaciones

12. Ibid., p. 636.

de producción de la sociedad burguesa constituyen un límite estructural a los diversos proyectos de democracia y reforma capitalista. Segundo, que si bien la igualdad es un terreno propicio para el desarrollo de la libertad, aquella puede a su vez generar una forma inédita de despotismo, que llegue inclusive a cancelar las estrechas libertades compatibles con el orden aristocrático.

Estas dos conclusiones se hallan en la base de todo el razonamiento tocquevilliano e informan y unifican el conjunto de su producción intelectual, comprendiendo por cierto sus análisis sobre el curso de la Revolución Francesa. Su sociologismo lo impulsó a descifrar el significado de las instituciones políticas en función de la naturaleza de la sociedad civil, sus estructuras, valores, costumbres, “mores” e ideologías: es la condición social la que determina –o al menos influye decisivamente sobre– la vida política, y en los Estados Unidos esa “condición social” es la igualdad, el “hecho fundamental del cual se derivan todos los demás”¹³. Este sólido anclaje de lo político en la sociedad civil explica el escepticismo de Tocqueville ante un cierto reformismo burgués que él no vacilaba en calificar de ingenuo, puesto que los cambios institucionales difícilmente lograrían modificar la estructura y el rumbo histórico de la sociedad: siendo esto así, entonces Francia no podía aspirar a ser libre, pues seguía siendo una sociedad dividida y desigual. Pero, angustiado ante este callejón sin salida, Tocqueville retrocede, relativiza su sociologismo radical y reconoce que el estudio de los Estados Unidos podría eventualmente dotar a Francia de mejores leyes e instituciones políticas, las que eventualmente podrían salvar a la sociedad francesa de los horrores del despotismo¹⁴. De esta manera, el planteamiento metodológico de Tocqueville desemboca en una crítica profunda al optimismo histórico y al estatismo del reformismo burgués, confiado desde los tiempos de los fisiócratas en su capacidad de reformar a la sociedad por medio de la manipulación de las instituciones políticas y estatales, tesis que, dicho sea al pasar, también ha prendido profundamente en ciertas variantes del pensamiento socialista.

Con todo, el sociologismo de Tocqueville tiene además otras implicaciones que es oportuno destacar: en efecto, llevado hasta sus últimas consecuencias –cosa que nuestro autor no hace– su planteamiento totalizante termina en un radical cuestionamiento del argumento liberal de la *negative freedom*, según el cual la esencia de la lucha por la libertad consiste en restringir las acciones de los gobiernos, dogmáticamente concebidas como contrarias a las libertades individuales. Por cierto que Tocqueville no llega tan lejos, pero abre un camino que luego habría de recorrer la crítica marxista de la política y es preciso reconocer en Tocqueville, como en Rousseau, un precursor importante y admirablemente perceptivo. Se trata, por

13. Marvin Zetterbaum, “Alexis de Tocqueville”, en Leo Strauss y Joseph Cropsey, *History of Political Philosophy*, Chicago, 1972, pp. 715-718

14. Sobre esto, ver Morton J. Horwitz, “Tocqueville and the Tyranny of the Majority”, *The Review of Politics*, 1966, pp. 296-8.

consiguiente, de un esfuerzo por situar el debate en torno a las libertades en una coordenada en donde se intersecten dos planos, el del Estado tanto como el de la sociedad civil. Limitarlo a sólo uno, el del Estado –entendido en el típico reduccionismo politicista del liberalismo como pura sociedad política, como aquel mítico “gendarme nocturno” del que hablaba Gramsci– no puede sino producir una visión deformada de la cuestión de la libertad. La importancia que tiene la obra de Tocqueville en estos días es pues innegable, sobre todo si se piensa en la difusión que, en estos tiempos de auge neoconservador, han adquirido ciertas tesis ultramontanas –al estilo de Milton Friedman y Friedrich Von Hayek o, peor aún, la de ciertos fanatizados discípulos latinoamericanos– que reducen el problema de la libertad al recorte minucioso de los poderes y atributos gubernamentales¹⁵.

Por otra parte, el segundo Tocqueville, redactor de la última parte de *La democracia en América*, manifiesta su descreimiento en relación a otro de los grandes mitos históricos del liberalismo: el de la sociedad civil autorregulada, libre, armónica, perpetuamente ajustada en niveles cambiantes de equilibrio. Tocqueville era un intelectual demasiado refinado como para creer en la superstición de la “mano invisible”. En su obra hallamos pues los gérmenes de una crítica a ciertas tendencias de la sociedad burguesa; pero aquélla sólo podría desarrollarse en profundidad en el ámbito de la gran síntesis teórica diseñada por Marx cuando, al develar el secreto de la plusvalía, se pusieran al descubierto los mecanismos del mercado y la propensión estructural de la competencia hacia la concentración y el monopolio. En consecuencia, la presunción liberal de que la política, al igual que la economía, se rige por la legalidad de un mercado autorregulado, encuentra en Tocqueville una inteligencia escéptica que le señala sus incongruencias, aun cuando su cuestionamiento no llegue hasta el fondo del asunto¹⁶.

IV. EL SENDERO SE BIFURCA: LOS DOS CAMINOS POSIBLES DE LA IGUALDAD

El discurso de Tocqueville nos abre las puertas a una nueva concepción de la democracia, a una conceptualización que es política pero sobre todo social. La democracia alude a una serie de cuestiones que hacen a la naturaleza del régimen político –la representación, el sufragio, la organización y límites del poder político, etc.– pero también y principalmente a otra de naturaleza sustantiva: el reinado de la igualdad. Esta última constituye el verdadero sello distintivo de la democracia, y difícilmente podía pasar desapercibida para la aguda mirada de Tocqueville, a pesar de las limitaciones que –para su horizonte de visibilidad– imponía su condición de intelectual aristocrático inserto enojosamente en un mundo recreado por la burguesía.

15. Cf. Milton y Rose Friedman, *Libertad de elegir*, Grijalbo, 1980, o las obras de Friedrich von Hayek, *The Constitution of Liberty*, Chicago, 1960 y *The road to serfdom*, Chicago, 1944.

16. Cf. Ugo Pipitone Allione, *Desarrollo contra equilibrio*, México, UNAM, 1978.

Por esto cabe preguntarse cuán lejos llegó su mirada. Porque una cosa es el Tocqueville que se exhibe en el discurso ideológico norteamericano, reverenciado por su ejemplar retrato de las virtudes del igualitarismo, la democracia y los rasgos perennes de una nueva sociedad destinada, según sus profetas, a iluminar la marcha de la moderna civilización hacia las alturas de la democracia –sutilmente confundida con el “American way of life”– y otra muy distinta es quien, como teórico político, formula reflexiones críticas en un tono que bien poco se compatibiliza con el de los panegiristas de la democracia norteamericana¹⁷. En otras palabras, es preciso retomar la distinción que hacíamos antes entre el Tocqueville de la historiografía y el teórico político: el primero se limita a describir –ricamente, sin duda– una situación histórica concreta; el segundo es el que extrae del escenario norteamericano las preguntas trascendentes, de permanente vigencia, sobre la buena sociedad y el buen régimen político. Instalados en esta perspectiva, esto es, en la exploración de las dudas y tensiones que recorren el fecundo pensamiento tocquevilliano: ¿qué lecciones podemos sacar de su reflexión?

El punto nodal de su argumento, y del cual se desprenden casi todos los demás, es el siguiente: la igualdad, que es el sustrato –económico, social, cultural y psicológico– de la democracia es compatible no sólo con la libertad, y por lo tanto con un régimen político asimismo igualitario y democrático en sus aspectos formales, sino también con la tiranía, es decir, con el despotismo político. Pero éstas, libertad y tiranía, no son meros “efectos formales” de lo político, puesto que las formas de organización del poder social siempre remiten a las características estructurales de la sociedad civil. Es más, Tocqueville nos advierte que la tiranía puede inclusive revestirse de ropajes democráticos. Ante su razonamiento se derrumban las ilusiones optimistas de quienes acostumbran a percibir la política al margen de la totalidad social en la cual se encuentra inmersa, así como los fetichismos formalistas que sólo contemplan las normas y los ritos a los que se ciñen los actores sobre la escena política con prescindencia de todo lo demás. Desde esta perspectiva la democracia –su construcción y desarrollo– pasa a ser una empresa heroica, la más formidable de nuestra época y que demanda, como ya lo había previsto Maquiavelo, esa infrecuente amalgama de coraje, fortaleza, audacia, habilidad política y espíritu cívico que el florentino sintetizaba en la palabra *virtú*.

Ya veremos luego las reglas de esa virtuosa artesanía política capaz de impedir la materialización de las sombrías tendencias certeramente avizoradas por el atormentado Tocqueville. Por ahora identifiquemos los elementos constitutivos de la contradicción contenida en la democracia y el itinerario de este posible tránsito de la igualdad al despotismo. La sociedad de los sujetos iguales es concebida como un agregado social completamente atomizado, formado por individuos libres e independientes entre sí. Se trata, en síntesis, de la sociedad civil tal como

17. Véase, sobre este tema, el ensayo de Thomas Molnar, *El modelo desfigurado*, (Fondo de Cultura Económica, México, 1980).

fuera retratada por Marx y Engels en *La ideología alemana*. Esta surge de los escombros del viejo régimen feudal, en el cual las diversas formas de sociabilidad se hallaban densamente articuladas mediante innumerables lazos orgánicos que hacían impensable la sola idea del individuo aislado. Pero con la descomposición del feudalismo y la paulatina imposición de las relaciones sociales capitalistas, la pulverización de los vínculos comunales deja al individuo en una doble condición de independencia e impotencia. La multiplicidad de nexos que lo unían con la sociedad feudal –y que mantenía a ésta fuertemente integrada– fueron cortados; sin embargo, esa “liberación” del individuo de los controles y prescripciones de la antigua comunidad termina dejando al sujeto más indefenso y desprotegido que antes¹⁸. El individuo, oculto durante milenios tras el *dictum* aristotélico que definía al hombre como un animal social, se instala de súbito en el centro del nuevo escenario económico y social; el humanismo renacentista se encarga de glorificarlo y, como era de esperar, este significativo desplazamiento se proyecta en las más variadas disciplinas intelectuales, entre las cuales ocupa un especialísimo lugar la teoría política. El individualismo se afirma como el “sentido común” de la nueva época histórica que se abre con el amanecer del capitalismo, y se convierte por eso mismo en irrefutable punto de partida de cualquier reflexión filosófica, económica o política: Lutero, Calvino y Hobbes son incomprensibles al margen de este hecho fundamental.

Las consecuencias que Tocqueville extrae de este proceso son bien claras: el individualismo no puede sino dar lugar al más grosero materialismo, es decir, a un apego exagerado por los bienes materiales y el confort personal. Pero una sociedad en la cual sus integrantes se hallan alterados por un exacerbado afán de posesión y disfrute de bienes materiales está fatalmente condenada a la mediocridad política. Sus mejores talentos difícilmente podrán encontrar incentivos suficientes como para dedicarse a la cosa pública, pues todos estarán compulsivamente dedicados a asegurarse el máximo disfrute posible de los bienes terrenales. El materialismo de la sociedad burguesa, piensa Tocqueville, conspira contra la calidad de su clase dirigente, revalidando de este modo una viejísima preocupación que Platón había expresado en relación a los regímenes oligárquicos de su tiempo. El materialismo es llevado hasta el paroxismo en el capitalismo porque, según Tocqueville, la sociedad democrática –es decir, igualitaria– es asimismo extraordinariamente móvil e insegura. Nada ni nadie puede garantizar la posición de cada uno de sus miembros. Contrariamente a lo que acontecía con la antigua comunidad aristocrática donde, siempre según Tocqueville, el infortunio de los desposeí-

18. Este tema ha sido abordado por algunos teóricos conservadores interesados en el análisis de la sociedad de masas y el totalitarismo. Véase, sobre todo, la obra de William Kornhauser, *The Politics of Mass-Society*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1960 y de Robert A. Nisbet, *The Quest of Community*, Nueva York, Oxford University Press, 1953 y su *Twilight of Authority*, Nueva York, Oxford University Press, 1975.

dos se atenuaba con la relativa seguridad que emanaba del carácter orgánico de la sociedad feudal, el individuo de la sociedad burguesa puede perder todo sin contar con un “reaseguro” social como el que consolaba y protegía al siervo de la gleba¹⁹. Eso explica la búsqueda febril del bienestar material, único garante real de la igualdad, certeramente reconocida por la Reforma Protestante que elevó la pasión adquisitiva a la categoría de celestial mensaje mediante el cual los hombres lograrían saber si estaban o no predestinados a la salvación²⁰.

Tocqueville comprueba así que el costo político del frenesí materialista es extremadamente gravoso: conformismo, apatía, despolitización, son los rasgos que caracterizan al hombre moderno, independiente e impotente a la vez. El ciudadano se encapsula en sus asuntos privados y se desentiende de los de la comunidad. Un compatriota de Tocqueville y notable teórico político por derecho propio, Benjamin Constant, percibió con sutileza los alcances de este fenómeno al comparar la libertad de los antiguos con aquella que convenía a los modernos.

“Nuestra libertad [decía Constant en su célebre conferencia de 1819] debe consistir en el disfrute pacífico de la independencia privada. (...) El objetivo de los antiguos era compartir el poder social entre todos los ciudadanos de una misma patria. A esto le llamaban libertad. El objetivo de los modernos es la seguridad en los goces privados. Llamamos libertad a las garantías acordadas por las instituciones para seguir gozándolos”²¹.

El remate de esta transformación de la sociedad –desenlace que es posible, probable pero no fatal– que tanto preocupa a Tocqueville es el despotismo moderno. Es decir, que la tendencia masiva e irresistible hacia el igualitarismo (que sin embargo no alcanza para afectar los fundamentos de la sociedad capitalista) viene acompañada por una contraparte perversa cuyos efectos perniciosos es necesario neutralizar: la centralización política y administrativa y la expansión burocrática. Si se recorre atentamente la obra de Tocqueville podremos apreciar que es éste el hilo conductor que articula sus diversos análisis políticos. Es la preocupación que palpita en sus dos obras fundamentales, *La democracia en América* y *El antiguo régimen y la Revolución Francesa*. En la primera se estudia un caso característico por la extrema debilidad del Estado en relación a la sociedad civil; en el segundo se analiza un ejemplo simétricamente opuesto, pues en Francia es aquél quien se impone avasalladoramente sobre la sociedad civil. Utilizando las categorías del análisis gramsciano podría decirse que los Estados Unidos de la época de Jackson

19. Véase, tras las huellas de Tocqueville, la interesante –y controvertible– reflexión de Reinhard Bendix acerca del pacto de reciprocidad que ligaba a siervos y señores en la sociedad feudal. Cf. su *Nation-Building and Citizenship. Studies of our Changing Social Order* (John Wiley & Sons, New York, 1964), pp. 33-54.

20. Sobre este tema consultar la clásica bibliografía que comprende las obras de Max Weber, Werner Sombart, R. H. Tawney y E. Troeltsch.

21. Benjamín Constant, “La libertad de los antiguos comparada a la de los modernos”, México, CELA, 1978, pp. 14-15.

tenían una relación entre Estado y sociedad civil típica de lo que Gramsci denominaba Occidente, mientras que la Francia del absolutismo de los Luises y de la descomposición del feudalismo era un ejemplo clarísimo de lo que aquél consideraba típico de las sociedades del Oriente. A Tocqueville le interesó examinar los dos casos porque, en su contraposición, ambos respondían a las mismas cuestiones: ¿cuáles eran los procesos sociales que habían conducido a la libertad y al despotismo? ¿Por qué en tierras americanas la sociedad prevalecía y sometía a su imperio al Estado, mientras que en la vieja Francia era la sociedad política la que avallaba por completo a una comunidad que aparecía como indefensa?

De esta fecunda comparación, que el joven Tocqueville ya tenía implícitamente planteada cuando exploraba las raíces de la democracia norteamericana, se deriva nítidamente un diagnóstico que prefigura genialmente el que hiciera, casi un siglo más tarde, otro “pesimista esperanzado”: Max Weber. En efecto, éste iría a desarrollar un argumento encaminado a desentrañar en el mismo núcleo racional de la sociedad burguesa las tendencias profundas que la pueden desbarrancar hacia un despotismo de base burocrática. Sin embargo, al igual que sucede con Tocqueville, su diagnóstico tampoco logra –pese a su mayor complejidad y exhaustividad– revelar la conexión íntima que existe entre las “férreas necesidades” de la acumulación capitalista y la hipertrofia burocrática. Para ello hubiera sido necesario adotar una perspectiva teórica reñida con las premisas del liberalismo y que tuviese como punto de partida la crítica de la sociedad burguesa iniciada por Marx y Engels. Y decimos apenas “punto de partida” porque la elaboración de una crítica marxista al fenómeno de la burocracia en el capitalismo moderno está recién ahora dando sus primeros pasos, y son bien pocas las proposiciones teóricas que existen sobre el particular²². En todo caso conviene no perder de vista la línea de nuestra exposición y retornar a la conclusión tocquevilliana: ella revela la agudeza de la mirada escrutadora del francés y lo sitúa, una vez más, como uno de los grandes precursores en el estudio de la problemática de nuestro tiempo, título que muy pocos pueden ostentar.

Pero veamos un poco más de cerca las razones que encuentra Tocqueville para dar cuenta del fenómeno de la centralización burocrática. Esta es concebida como un proceso que tiende a aniquilar los “poderes intermedios” cuya autonomía les permitía desempeñar un papel mediador que era absolutamente esencial para mantener el equilibrio de la sociedad feudal: la aristocracia, la iglesia y la ciudad, amén de otros estamentos privilegiados, constituían los contrapesos naturales al poder de la corona y retenían, como oportunamente lo señalaron Marx y Engels tanto como Hintze y Weber, los medios y recursos necesarios para ejercer el dominio político y la administración comunitaria. Allí donde se consolidó esta pluralidad social y política fue ampliándose un espacio en el que eventualmente ten-

22. Sobre este tema, ver la obra política de Max Weber. Consultar también las más recientes contribuciones de N. Bobbio.

dría cabida la práctica democrática del capitalismo contemporáneo: es ésta y no otra la historia del parlamento y de la ciudad en Occidente. Pero con la disolución de la sociedad feudal, carcomida por la potencia destructora y a la vez creadora del capitalismo, el poder central fue expropiando a las viejas instituciones y estamentos de sus órganos y funciones político-administrativas²³. Se constituyó así un Estado nacional que progresivamente logró detentar el monopolio de todas las funciones políticas, administrativas y militares, dando lugar al crecimiento desorbitado de una burocracia absolutista cuyas nefastas consecuencias llamaran tan poderosamente la atención de Marx. En Francia, dice Tocqueville, hay un elemento de continuidad fundamental entre el viejo régimen y la sociedad posrevolucionaria: el proceso de centralización político-administrativa no fue ni revertido ni interrumpido por los hechos revolucionarios de 1789; por el contrario, se acentuaron las tendencias que venían de mucho antes. El desmedido crecimiento de la burocracia fue, por consiguiente “el súbito y violento logro de una obra de seis generaciones” y no el producto sorpresivo e inesperado de la revolución burguesa²⁴.

Pero ¿cómo explica Tocqueville este sombrío remate hiper-burocrático de la revolución democrática? Ya había indicado que la pasión por la igualdad favorecía la centralización político-administrativa. También señaló otras causas que calificó como “accidentales” ¿Cuáles son? En primer lugar es fundamental verificar si la democracia, entendida como igualdad, se consolidó gradualmente o por un estallido revolucionario. Si aquélla es resultado de un proceso paulatino, que se va desarrollando en una sociedad que ya conoce las ventajas de la libertad –y tal fue el caso de los Estados Unidos– la centralización político-administrativa, si bien no imposible, es una eventualidad mucho menos probable. En cambio, cuando las sociedades carentes de una previa experiencia de libertad acceden abruptamente a la igualdad, el desenlace casi inexorable será la centralización burocrática: tal es lo que enseña la historia de Francia y de buena parte de la Europa continental. Esta burocratización es impuesta, más allá de la voluntad de la nueva clase dominante, por la necesidad de suplir a los desaparecidos “poderes intermedios” de la vieja sociedad que fueron barridos por el vendaval revolucionario²⁵.

Pero en sus análisis Tocqueville menciona también otras causas coadyuvantes que operan en la misma dirección, y que se superponen a la que señalábamos más arriba. Veámoslas brevemente: en primer lugar, la aristocracia –y toda clase dominante– derrotada prefiere la centralización al desorden. Cuando su realismo la convence de que el cambio ha sido irreversible, los aristócratas admiten los hechos consumados y colaboran en la reconstitución estatista de la burocracia. Ade-

23. Cf. Perry Anderson, *Lineages of the Absolutist State*, New Left Books, Londres, 1974, pp. 15-59 y 85-112.

24. Lively, *The social...*, op. cit., p. 154.

25. Incidentalmente, esto revela las dificultades de Tocqueville al representar utópicamente el viejo orden: ¿conocía la Francia aristocrática la libertad? Cf. *La democracia...*, op. cit., pp. 619-631.

más, señala Tocqueville, las necesidades de una buena administración son tanto más importantes cuanto más adinerada sea una clase. Segundo: si el pueblo es ignorante e inculto muy pronto se establecerá una insalvable diferencia entre la capacidad intelectual de los gobernantes y los gobernados, tendiente a acentuar la propensión centralizadora. Tercero, en situaciones de crisis revolucionaria –que usualmente coinciden con, o son preámbulo de, un conflicto internacional– se refuerzan las necesidades de carácter militar tendientes a centralizar extraordinariamente las energías y los talentos nacionales en la burocracia estatal. Cuarto, lo que Tocqueville considera, erróneamente a nuestro entender, la causa accidental más importante: “los orígenes e inclinaciones del gobernante”. La quinta y última se relaciona con la difusión de la moderna forma de propiedad industrial, que requiere grandes obras de infraestructura para su desarrollo y que sólo el Estado puede realizar. Por otra parte, en la medida en que éste se expande y sus necesidades se multiplican, crece su papel como consumidor cada vez mayor de los bienes producidos por la industria. De este modo, y por una doble vía, la industrialización favorece la centralización burocrática.

Resulta instructivo comparar la interpretación marxista de la hipertrofia burocrática con la que nos ofrece Tocqueville: refiriéndose a Francia, Marx decía que

“Esta compleja y artificiosa maquinaria de Estado, un ejército de funcionarios que suma medio millón de hombres... surgió en la época de la monarquía absoluta, de la decadencia del régimen feudal (...) La primera revolución francesa (...) tenía necesariamente que desarrollar lo que la monarquía absoluta había iniciado: la centralización; pero al mismo tiempo amplió el volumen, las atribuciones y el número de servidores (...) Napoleón perfeccionó esta máquina del Estado. La monarquía legítima y la monarquía de julio no añadieron más que una mayor división del trabajo (...) Todas las revoluciones perfeccionaban esta máquina, en vez de destrozarla”²⁶.

Europa continental y los Estados Unidos simbolizaban también para Marx un contraste histórico rico en sugerencias interpretativas. La ausencia de un pasado feudal y de los pesados legados de un estado absolutista habían evitado, hasta ese momento, que el gigantismo burocrático que aplastaba a Francia se reprodujese en América. En tierras europeas, por el contrario, la concentración burocrática era la respuesta al particularismo y la fragmentación que la habían marcado desde el medievo; era también consecuencia de la debilidad de la alianza de clases que –en la prolongada transición del feudalismo al capitalismo– controlaba la vida estatal sin ser capaz, sin embargo, de superar el antagonismo prevaeciente en el seno de las propias clases dominantes. Este vacío hegemónico alentaba la desorbitada expansión de una burocracia, la que además pasó a desarrollar un papel político es-

26. K. Marx, *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, en *Obras Escogidas*, en dos volúmenes, de K. Marx y F. Engels, Moscú, Progreso, I, pp. 316-317.

tratégico al hallarse investida con facultades y capacidades suficientes como para coadyuvar en el laborioso proceso de construcción de la hegemonía burguesa. Por último, Marx también revela que la concentración y centralización del capital que lentamente se estaba produciendo en el mercado no podía dejar de tener su repercusión en el plano estatal, tema sobre el cual sería Lenin el llamado a extraer todas sus consecuencias en sus análisis sobre el estado en la etapa de imperialismo.

En suma, Marx plantea que las revoluciones no hacen sino perfeccionar la máquina del Estado: obedeciendo a una ley sociológica, éste concentra en su aparato burocrático el poder fragmentado que detentaban las clases, estamentos e instituciones del viejo régimen, creando así las condiciones requeridas para la reproducción ampliada de la acumulación capitalista. Marx subrayaba de ese modo la conexión existente entre el ascenso de la burguesía y la ampliación, cuantitativa y cualitativa, de la vida estatal, que habría de ser objeto de múltiples elaboraciones a propósito del fenómeno bonapartista. Sobre este particular, sin embargo, es interesante observar cómo Max Weber, al hablar de las causas por las que la burocracia es una organización social prácticamente indestructible, planteaba un argumento complementario de las tesis marxista que no debiera perderse de vista:

“... los dominados no pueden prescindir del aparato de dominio burocrático ya existente ni sustituirlo por otro, pues se basa en una metódica síntesis de entrenamiento especializado, división de trabajo y dedicación fija a un conjunto de funciones habituales diestramente ejercidas. Si el mecanismo en cuestión suspende su labor o queda detenido por una fuerza poderosa, la consecuencia de ello es un caos para dar fin al cual difícilmente pueden improvisar los dominados un organismo que lo sustituya”²⁷.

Doble necesidad pues, de la cual emerge con bríos incontenibles la presencia de la burocracia en las sociedades modernas. Veamos las implicaciones que esto comporta para el futuro de las democracias.

V. LEVIATÁN Y EL INDIVIDUO ESCLAVIZADO

La centralización político-administrativa, el crecimiento desorbitado de la burocracia estatal y la consolidación de un tipo de articulación entre Estado y sociedad civil –en el cual el primero establece su supremacía sobre la segunda– constituyen, a juicio de Tocqueville, las amenazas más malignas de todas cuantas acechan el futuro de las democracias. La tiranía de la mayoría, ese espectro que horrorizó al pensamiento liberal desde sus orígenes, quedaba relegada a un segundo plano en relación a una amenaza mucho más formidable: la asfixia de la libertad a manos de una nueva forma de despotismo.

27. Max Weber, *Economía y sociedad*, México, 1964, p. 741.

Acerca de este asunto merece subrayarse la evolución del pensamiento de Tocqueville entre 1835 y 1840, es decir, el período que separa la publicación del primer y segundo volumen de *La democracia en América*. En efecto, en la primera parte de su obra el reto a la libertad procedía de los desórdenes ocasionados por una sociedad civil tumultuosa y movilizadora, y que era necesario controlar por medio de eficaces agencias socializadoras y mediadoras: de allí su valorización del gobierno local, la moralidad religiosa y una compacta red de asociaciones voluntarias, entre otras. Pero la imagen del ciudadano y de la sociedad civil que trasunta el segundo volumen es completamente diferente: el peligro para la libertad ya no radica en la movilización desbordante de la sociedad civil, puesto que los ciudadanos ya no actúan ni piensan. La tiranía de la mayoría es imposible dado que la ciudadanía se ha degradado hasta los extremos de convertirse en una masa inerte, y su característica más destacada es su apatía generalizada. Se recrea así una imagen apocalíptica que evoca las tenebrosas cavilaciones de Hobbes; pero el cuadro que nos pinta Tocqueville es todavía más deplorable. En la representación hobbesiana del estado de naturaleza prevalecían la pasión y los intereses: la sociedad se asomaba al abismo de su propio suicidio porque había lucha, y la política era, para decirlo en palabras de Weber, esa “guerra de dioses contrapuestos”. En el fresco que nos pinta Tocqueville, en cambio, la sociedad aparece como una aglomeración elemental e inactiva, un verdadero paisaje lunar carente de proyectos y voluntades y, en consecuencia, inverosímil depositaria de aspiraciones libertarias²⁸.

¿Cómo se llegó a esta situación? ¿Cómo se produjo esta radical degradación de la sociedad civil? Una primera explicación genérica que ofrece Tocqueville podría sintetizarse así: la desaparición –o gradual decadencia– de las viejas clases, estamentos e instituciones que mediatizaban las relaciones entre el individuo y el Estado dejó al primero en una situación de aislamiento e impotencia que su independencia, tanto jurídica como económica, no alcanzó a compensar. Frente a la disgregación de la antigua sociedad aristocrática se produce un proceso inverso y dialécticamente relacionado con lo anterior: la consolidación de los poderes dispersos en una sola organización burocrática, el Estado moderno. Por consiguiente, el fortalecimiento de éste es una de las dos caras de la moneda de la plena imposición del capitalismo; la otra nos muestra la pulverización y atomización de la sociedad civil.

Pero si quisiéramos explorar un poco más en profundidad el diagnóstico de nuestro autor deberíamos examinar, como era previsible, los ya referidos fenómenos del individualismo y el materialismo característicos de los tiempos modernos. Es allí, según Tocqueville, donde se incuban los gérmenes del despotismo moderno. ¿Por qué?

“Creo que los pueblos democráticos tienen un gusto natural por la libertad: abandonados a sí mismos, la buscan, la quieren y ven con dolor que se les

28. Cf. S. Drescher, “*Tocqueville’s Two Democracies*”, *Journal of the History of the Ideas*, 1964, N° 2, pp. 201-205, y en op. cit., p. 42.

aleje de ella. Pero tienen por la igualdad una pasión ardiente, insaciable, eterna e invencible; quieren la igualdad en la libertad, y si así no pueden obtenerla, la quieren hasta en la esclavitud; de modo que sufrirán pobreza, servidumbre y barbarie, pero no a la aristocracia... Los hombres y los poderes que quieren luchar contra esta acción irresistible serán derribados y destruidos por ella. En nuestros días, la libertad no puede establecerse sin su apoyo, y ni aún el despotismo puede reinar sin ella”²⁹.

En otras palabras, al hombre de la era democrática lo mueven dos pasiones: pero una es más ardiente que la otra, y por eso está dispuesto a sacrificar la democracia política a cambio de la democracia social, es decir, la libertad por la igualdad, real o ilusoria. La revuelta contra el privilegio vuelve intolerable cualquier forma de desigualdad, y las presiones conjuntas del individualismo y el materialismo hacen que los ciudadanos atomizados recurran al arbitrio del Estado para lograr la satisfacción de sus acrecentadas demandas. Este aparece, en consecuencia, como el agente por excelencia de la nivelación social, y la misma complejización y fragmentación de la sociedad civil incentiva sus tendencias centralizadoras. En el retraimiento hacia sus asuntos privados los ciudadanos reniegan de la política y desconfían del Estado. Sin embargo, todos reconocen que sus intereses particulares constituyen algo excepcional y que, por lo tanto, los torna merecedores de la atención preferente de los gobiernos –¡claro está que como intervención circunstancial y razonable!– dada la índole del caso. El resultado de este pluralismo exasperado de la sociedad burguesa es la consolidación y expansión del poder del Estado, paradójicamente estimulado por la proliferación de demandas societales. Es por eso que Tocqueville llega a una desalentadora conclusión:

“Un gobierno democrático aumenta, pues, sus atribuciones con sólo ser durable. El tiempo trabaja por él; todos los accidentes lo favorecen; las pasiones individuales lo ayudan sin que él lo sepa, y se puede decir que se centraliza más a medida que envejece la sociedad democrática”³⁰.

En las páginas finales de su obra Tocqueville habla no ya de una sino de dos revoluciones; en abierto contraste con lo que enunciaba en su introducción de 1835 ahora la burocratización estatal adquiere el mismo rango que el advenimiento de la sociedad igualitaria, salvo que este nuevo fenómeno tiene no sólo una potencialidad autoritaria sino que representa, en sí mismo, el triunfo del Estado sobre la sociedad civil, el de la burocracia gubernamental sobre las fuerzas sociales, y el de la autoridad sobre el autogobierno de la comunidad.

La previsión tocquevilliana, inevitablemente recargada en sus contornos más negativos, anticipa así la crítica liberal al Estado Benefactor que habría de desarrollarse un siglo más tarde. De la igualdad parten dos caminos, nos dice, uno de

29. Alexis de Tocqueville, *op. cit.*, p. 465.

30. *Ibid.*, p. 716.

los cuales conduce a la independencia, y que en caso de crisis podría desembocar en la anarquía; el otro lleva, “por un camino más largo, más secreto, pero más seguro, hacia la esclavitud”³¹. ¿Qué tipo de esclavitud?

Una esclavitud de nuevo tipo, nada parecida a cualquier otra que la haya precedido en el mundo y para la cual “las voces antiguas de despotismo y tiranía no convienen”³². No sería en consecuencia, una reactualización del despotismo de viejo estilo, dice Tocqueville, con su tiranía sobre los cuerpos y su avasallamiento de la sociedad y que imponía como convocatoria obligada para toda lucha libertaria la necesidad de fijar límites a la acción y el poder del gobierno. No: la nueva forma despótica no se dirige a los cuerpos sino a las almas, “se extendería más, sería más benigna y degradaría a los hombres sin atormentarlos”³³. ¿Cómo sería esto posible? Oigamos a Tocqueville:

“Cadenas y verdugos, éstos eran los instrumentos que empleaba antaño la tiranía; pero en nuestros días la civilización ha perfeccionado hasta el despotismo, que parecía no tener ya nada que aprender. Los príncipes habían, por decirlo así, materializado la violencia... Bajo el gobierno absoluto de uno solo, el despotismo, para llegar al alma, hería groseramente el cuerpo; y el alma, escapando de sus golpes, se elevaba gloriosa por encima de él; pero en las repúblicas democráticas no procede de ese modo la tiranía; deja el cuerpo y va derecho al alma”³⁴.

Pero ¿qué es lo que garantiza la eficacia del despotismo moderno, que prescinde del cuerpo y se preocupa tan sólo del alma? El materialismo, el conformismo, la despolitización y la apatía, productos fatales de la moderna sociedad burguesa, son los que aseguran ese inmenso poder espiritual del despotismo contemporáneo. En un pasaje en donde se prefigura la mirada foucaultiana al poder político, Tocqueville afirma que es sobre estos átomos inermes que

“Se eleva un poder inmenso y tutelar que se encarga por sí solo de asegurar sus goces y vigilar su suerte. Absoluto, minucioso, regular, advertido y benigno se asemejaría al poder paterno, si como él tuviese por objeto preparar a los hombres para la edad viril... Trabaja en su felicidad, mas pretende ser el único agente y el único árbitro de ella; provee a su seguridad y a sus necesidades, facilita sus placeres, conduce sus principales negocios, dirige su industria, y arregla sus sucesiones, divide sus herencias y se lamenta de no poder evitarles el trabajo de pensar y la pena de vivir”³⁵.

31. Ibid., p. 613.

32. Ibid., p. 633.

33. Ibid., p. 632.

34. Ibid., p. 261.

35. Ibid., p. 633.

La conclusión a la cual llega Tocqueville sintetiza, con más de un siglo de anticipación, la patética visión del Estado totalitario que con tanta fuerza pintara George Orwell en su *1984*:

“Después de haber tomado así alternativamente entre sus poderosas manos a cada individuo y de haberlo formado a su antojo, el soberano extiende sus brazos sobre la sociedad entera y cubre su superficie con un enjambre de leyes complicadas, minuciosas y uniformes... no destruye las voluntades, pero las ablanda, las somete y dirige; obliga raras veces a obrar, pero se opone incesantemente a que se obre; no destruye, pero impide crear; no tiraniza, pero oprime; mortifica, embrutece, extingue, debilita y reduce, en fin, a cada nación a un rebaño de animales tímidos e industriosos, cuyo pastor es el gobernante”³⁶.

VI. TOCQUEVILLE HOY

Parecería evidente luego de este breve examen de algunas de las ideas centrales de Tocqueville que los grandes temas del debate filosófico-político de nuestro tiempo encuentran en su obra una penetrante anticipación. Creemos, en consecuencia, que una revisión de sus aportaciones puede enriquecer la discusión actual sobre el Estado contemporáneo y las perspectivas de la democracia. Sería presuntuoso pretender, en estas páginas finales, internarnos en los vericuetos de un debate cuyos alcances y ramificaciones son impresionantes. No obstante, es posible señalar algunas contribuciones particulares que una lectura paciente y reflexiva de la obra tocquevilliana podría arrojar para el examen de ciertos aspectos particulares.

Un primer asunto tiene que ver con la constatación, que efectúa Tocqueville, de que la sociedad capitalista crea “naturalmente” las condiciones imprescindibles para la aparición del estatismo. Esto es de suma importancia, porque en la tradición liberal siempre se sostuvo –y sus voceros más recalcitrantes todavía lo hacen en nuestros días– la existencia de una incompatibilidad radical entre la primacía del individuo, verdadero dogma de todo liberalismo, y la hipertrofia del Estado, concebida como una patología extraña al espíritu y la práctica del capitalismo y que repugnaba al libre juego de las fuerzas del mercado. Es mérito indudable de Tocqueville el haber cuestionado la validez de este razonamiento: su fidelidad a la tradición liberal no le impidió reconocer que la estructura y contradicciones de la sociedad burguesa conducían irremediablemente a la creación de una pesada y opresiva burocracia estatal. Esta comprobación, sin embargo, no fue recogida por el pensamiento liberal post-tocquevilliano –salvo en el caso de Weber, sobre el cual volveremos más tarde. La prueba está en que las cabezas más esclarecidas del liberalismo contemporáneo –pensamos en un Von Hayek, Von Mises

36. *Ibid.*, p. 634.

o, con reservas, el mismo Friedman— se obstinan en ignorar las raíces genuina y profundamente capitalistas del Leviatán burgués. No deja de ser paradójico que haya sido precisamente en el seno del marxismo el lugar en el cual se recogió y reelaboró esa punzante observación tocquevilliana. Esta converge con esa verdadera “revolución copernicana” en el campo de las ciencias sociales que se sintetiza en la obra de Marx, la cual nos permite entender al estatismo como el resultado final de una larga cadena causal cuyo origen se remonta a las férreas necesidades de la acumulación y reproducción capitalistas. No obstante, sabemos que éstas no se transmiten mecánicamente sino que se expresan y mediatizan en una compleja y dialéctica secuencia de causaciones en las que intervienen, además de los factores económicos, una amplia profusión de vigorosos condicionantes sociales, políticos, ideológicos y culturales. Tocqueville nos ayuda a percibir mejor algunas de estas mediaciones, y por lo tanto a comprender más cabalmente la complejidad del Estado capitalista; muchas otras permanecen en las sombras, eclipsadas por la perspectiva teórica liberal y su ancestral desdén por las cuestiones estructurales. Es en la visión totalizadora y dialéctica del marxismo —aquel famoso “punto de vista de la totalidad” del que hablaba Lùkacs— donde se encuentran los elementos para construir una explicación más completa de la deformación estatista que agobia a las sociedades modernas.

En segundo lugar, nos parece que la anticipación que hace Tocqueville del Estado Benefactor detecta con extraordinaria perspicacia algunos de los problemas que irían a plantearse, de manera dramática, más de un siglo después. En rigor, Tocqueville vaticinó con sorprendente exactitud ciertos rasgos y conductas políticas característicos de la fase madura de la recomposición keynesiana del capitalismo, principalmente en los Estados Unidos de América. Las tendencias hacia la apatía cívica, el conformismo, el quietismo y la despolitización que —salvo los “estallidos” de participación política y social de los años sesenta— han sido las notas predominantes de la política norteamericana desde la postguerra, y constituyen síntomas inequívocos del reflujó de la lucha de clases y de la integración de la clase obrera al Estado capitalista. Las consecuencias de todo esto —que en mayor o menor grado afecta a todas las sociedades modernas, sea las centrales tanto como las periféricas— podrían sintetizarse en una frase: degradación de la política a la condición de un espectáculo de masas mediatizado por la televisión. Esto se torna evidente si se observa la decadencia de las instituciones públicas, el deterioro en el contenido y la forma de las luchas políticas y la alarmante mediocridad de los círculos dirigentes.

Es evidente que Tocqueville no podía demostrar las razones por las que la burguesía necesita, para continuar con la acumulación capitalista, de un Estado crecientemente intervencionista. Para esto necesitaba una teoría general sobre el modo de producción capitalista que es inútil buscar en sus escritos. Sin embargo, pudo predecir el envejecimiento de la política en la sociedad burguesa como consecuencia del primado indiscutido de aquel “sórdido materialismo” de la socie-

dad civil de que hablaba el joven Marx. La trayectoria de esta decadencia queda ampliamente ilustrada por el abismo que separa a un Disraeli o un Gladstone de la señora Thatcher, o el que aparta a Jefferson, Madison y Lincoln de Nixon, Ford y Reagan; o por las radicales diferencias que existen entre los *Town meetings* de la Nueva Inglaterra y las modernas luchas electorales inspiradas en los modelos de la mercadotecnia. Dicho esto, no obstante habría que añadir que los análisis de Tocqueville pecan de una cierta unilateralidad porque consideran al desenfreno individualista –¿opuesto a la sobriedad de la aristocracia?– como el causante de estos “males” de la sociedad moderna; no alcanzan, pues, a descubrir que éstos tienen una raíz mucho más profunda, y que se originan en la misma matriz estructural del capitalismo, en la alienación y el fetichismo que le es propia.

Ahora bien, si la clase burguesa no puede sobrevivir sin el auxilio de la hipertrofia estatalista –como lo demuestra el funcionamiento real del capitalismo maduro y mal que les pese a sus profetas ultraliberales– la clase obrera tampoco está dispuesta a revertir los avances sociales conquistados en su secular lucha contra la burguesía, y que hoy se cristalizan en el Estado Benefactor. Este también es, al menos en parte, producto de la combatividad de las clases subalternas; entender al estado keynesiano como la obra de los designios conservadores de una burguesía omnisciente es un error imperdonable. Si esto es así, ¿cómo evitar, por lo tanto, los efectos embrutecedores de la hipertrofia estatalista anticipados por Tocqueville y ratificados un siglo después por Gramsci? En efecto, el fundador del PCI prestó mucha atención a la significación del taylorismo y sus correlatos político-estatales: su noción del “gorila amaestrado” como prototipo del nuevo obrero y su señalamiento de que “el americanismo era también el mayor esfuerzo colectivo verificado hasta ahora para crear, con inaudita rapidez y con una conciencia de los fines jamás vista en la historia, un tipo nuevo de trabajador y de hombre” apuntan precisamente en esa dirección³⁷. Aún cuando no podamos profundizar en este punto nos parece indudable que la difusión del Estado de Bienestar no sólo ha modificado la modalidad y la intensidad de la explotación capitalista sino que también ha alterado las formas de la conciencia obrera y de la lucha de clases; y sobre esto, aunque pueda parecer sorprendente, Tocqueville también tiene algo que decir.

Otro tema sobre el cual sus reflexiones nos parecen enriquecedoras es el relativo al doble carácter de la democracia: sustancia social y forma política. Sólo en el marxismo ha sido plenamente reconocida esta unidad dialéctica de sustancia y forma; fue el joven Marx quien, desde su crítica a Hegel y al carácter alienado e “invertido” de la política y del Estado burgués, sentó las bases para una teoría integral de la democracia, partiendo del hombre concreto, es decir, del individuo inextricablemente instalado en un modo de producción históricamente determinado. Este razonamiento, como es bien sabido, ha sido consistentemente rechazado por

37. Cf. Antonio Gramsci, *Quaderni del Carcere*, Torino, 1977, Cuaderno 22, p. 2165.

los teóricos liberales, responsables en este siglo del envejecimiento de la misma noción de democracia, a la que desfiguraron hasta hacerla equivalente a un simple método de constitución de la autoridad pública³⁸. El sociologismo de Tocqueville le impedía caer por completo en la trampa formalista y conceptualizar a la democracia como pura fórmula jurídica; sin embargo, la sustancia sobre la cual apoyaba su razonamiento no tenía el espesor necesario para sostenerlo. En efecto, exageró el grado de igualdad real existente en los Estados Unidos, y en su afán por demostrar los alcances del proceso de atomización imperante en la sociedad burguesa llegó a entrever la posibilidad de una desaparición espontánea de las clases sociales. De hecho, el capitalismo norteamericano ni acabó con sus clases ni la extensión del sufragio instaló en el poder a una orientación política que favoreciese una redistribución radical de la riqueza y una creciente e irrefrenable igualdad social. Los estudios concretos sobre la sociedad americana y otras formaciones capitalistas demuestran los límites objetivos con que tropezó el igualitarismo como ideología, o las expectativas de una incesante movilidad social ascendente que habría de transformar, insensiblemente, a la sociedad de clases en una comunidad de iguales. La “revolución igualitarista”, que venía avanzando desde el siglo XI y que según Tocqueville arrasaría cuanto se interpusiera a su paso se detuvo, con muestras inequívocas de respeto y veneración, ante las puertas de la propiedad burguesa. Sus logros han sido innegables, pero no es menos cierto que nuestro autor proyectó mecánicamente su avance y subestimó los obstáculos objetivos que la irían a redefinir y desviar al enfrentarse con la sociedad capitalista.

Pero este equívoco no debiera hacernos perder de vista que la democracia social y la democracia política son inseparables: la segunda no se sustenta sin que se traspase un umbral mínimo –variable históricamente, por supuesto– de la primera. La perplejidad de Tocqueville ante la fragilidad sociológica de las democracias y el avance del burocratismo estatizante se explican en gran medida porque en su modelo teórico no existen los elementos necesarios para descifrar el enigma que plantean las revoluciones sociales; también porque su discurso carece de los argumentos imprescindibles para comprender que la plena realización de la libertad –es decir, de la democracia política– sólo es posible en una formación social en la cual se hayan abolido las relaciones sociales de explotación entre los hombres. Tocqueville no llegó tan lejos, y debemos al genio de Marx el haber podido penetrar donde tantos otros se perdieron en los laberintos de la apariencia. Su crítica de la explotación capitalista, el fetichismo y la alienación permite concebir un proyecto democrático –algunos dirán que una utopía pero no importa, porque son éstas las que mueven la historia– que sea liberador y re-humanizador en todas las dimensiones de la vida social. Democracia social y democracia política; revolución social y revolución política; emancipación social y

38. Véase Perry Anderson, “Las afinidades de Norberto Bobbio”, en *El Cielo por Asalto*, Buenos Aires, Otoño, 1991, y nuestro “Entre Hobbes y Friedman: liberalismo económico y despotismo burgués en América Latina”.

emancipación política: binomios que sólo en la tradición marxista recuperan su unidad real y que el liberalismo se ha empeñado en mantener en una fragmentación tan espúrea como autodestructiva.

Esto quiere decir entonces que una teoría marxista de la democracia debe integrar estas polaridades. Debe para ello superar viejos complejos que la llevaban, por una postura ideológica defensiva, a señalar correctamente los vicios capitales de la democracia burguesa en su formalidad e insustancialidad pero cayendo –algunas veces sin proponérselo, otras premeditadamente– en una suicida actitud de desprecio por las libertades “formales” y por las salvaguardas políticas y puramente “superestructurales” tan profusamente desarrolladas en la tradición liberal. En este punto creemos oportuno recordar un pensamiento magistral de Rosa Luxemburgo cuando decía que:

“Siempre hemos distinguido la médula social de la forma política de la democracia burguesa; siempre hemos revelado la dura médula de desigualdad social y falta de libertad que se esconde debajo de la dulce cáscara de la igualdad formal y la libertad formal, pero no con el propósito de rechazar estas últimas sino para impulsar a la clase obrera a no sentirse satisfecha con la cáscara, sino más bien, conquistando el poder político, crear una democracia socialista que reemplace la democracia burguesa, no para eliminar la democracia”³⁹.

Un último asunto que quisiéramos por lo menos dejar planteado es el siguiente: el pensamiento de Tocqueville muestra una sorprendente similitud con el de Max Weber. La perspectiva histórica de larga duración es la misma y sus conclusiones –pesimistas, sin duda– son bastante parecidas. A pesar de las restricciones que les imponía a su horizonte de visibilidad el pensamiento liberal, ambos fueron capaces de tirar por la borda el optimismo evolucionista tan característico de esa matriz teórica. El resultado fue una especial sensibilidad para comprender las contradicciones de la historia: el igualitarismo podía conducir a la libertad o al despotismo moderno, decía Tocqueville; la racionalización, recordaba Weber, nos podía hacer más libres o acabar aprisionándonos en una jaula de hierro. La historia, por lo tanto, es dialéctica, y su tragedia reside en que puede avanzar tanto por el “lado malo” como por el “lado bueno”. La igualdad libera y encadena; el individualismo emancipa y aliena; la democracia destruye aristocracias y puede crear un Leviatán; la racionalización ilumina la mente pero debilita la voluntad. Uno veía en la democracia y el otro en el socialismo el origen del despotismo; pero ninguno quiso –y esto es importante resaltarlo– una vuelta al pasado.

¿Hasta qué punto esta sobria y responsable actitud es compartida por los teóricos neoconservadores que hoy examinan la “crisis de las democracias”?⁴⁰. Aun-

39. “The Russian Revolution”, en *Rosa Luxemburg Speaks*, Nueva York, 1970, p. 393.

40. Nos referimos, en lo sustancial, a los teóricos nucleados en la corriente neoconservadora. Al respecto, consúltese nuestro “La crisis norteamericana y la racionalidad neoconservadora”, en *Cuadernos Semestrales*, México, Nº 9, 1981.

que es difícil saberlo a ciencia cierta, parecería razonable hipotetizar que estos sueñan con un proyecto restaurador del “orden y de la disciplina” capitalistas que es incompatible con los niveles actuales de movilización y organización política de las clases subalternas. De esta forma, en el discurso del “realismo” neoconservador la democracia es vaciada de todo contenido y reducida a sus aspectos formales –que no por importantes agotan la totalidad de su significado. Consumado este proceso la democracia se convierte en un mero símbolo legitimador del despotismo estatalista al cual es cada vez más adicto la hegemonía burguesa. La decadencia de las instituciones de la democracia representativa –y de los frágiles mecanismos consentidos de participación política directa– conduce al reforzamiento del centralismo burocrático y de las esferas estatales en las cuales las clases dominantes imponen su predominio al margen de la transparencia y la publicidad que exige la democracia. Es el paraíso de los *lobbies*, los grupos de presión y los representantes del gran capital, íntimamente articulados a la clase política que en su nombre –y en su beneficio– gestiona la crisis y administra la democracia. La otra cara de este proceso es la decadencia de los parlamentos, la desmovilización de partidos y sindicatos, la manipulación de la opinión pública, el inmovilismo y la apatía de la ciudadanía: en una palabra, la muerte de la sociedad civil. Mala pasada la que la historia le jugó a Tocqueville: de modelo para encontrar remedio a los males de la anarquía francesa, los Estados Unidos se convierten en prototipo de la involución autoritaria en el capitalismo maduro. La historia, también aquí, avanzó por el “lado malo”, a pesar de la riqueza y vitalidad de las instituciones políticas con que la América de Jackson contaba para neutralizar la amenaza del despotismo burocrático. Partidos, gobiernos locales, separación de poderes, libertades públicas y todo el cúmulo de salvaguardas societarias fueron engullidas y transformadas por el avance en la concentración y centralización del capital. El capitalismo monopólico norteamericano no acabó con esas respetables instituciones políticas heredadas de los tiempos heroicos de la colonia: simplemente las reconvirtió en función de la lógica de su propia reproducción ampliada. Al transformar el conjunto de la sociedad civil a su imagen y semejanza no podía respetar las instituciones de la democracia política. La sociedad de los iguales, contemplada por Tocqueville, quedó reducida a ilusoria expectativa ideológica; el sufragio universal, a desganaada mueca que menos de la mitad de la población hace resignadamente cada dos años; de los poderes locales y de las autonomías estatales, mejor ni hablar. Los Estados Unidos, a siglo y medio de la visita de Tocqueville, vuelven a ser modelo. Pero ahora, si hemos de creer a los neoconservadores, de “la crisis de la democracia”, de la “ingobernabilidad” de su sociedad civil, de la necesidad imperiosa de recortar los logros democráticos de las pasadas generaciones y de imponer un “orden político” despreocupado por la necesidad de legitimarse ante las masas.

La fórmula tocquevilliana, si se nos permite esta formulación, ha caído en descrédito con los actuales ideólogos del capitalismo porque guardaba una seme-

janza fundamental con la que proponía Weber para escapar de las leyes de hierro de la burocratización: una recuperación plena de la política, la reactivación de la ciudadanía, la reanimación de la vida pública. Tocqueville manifestaba en esa propuesta su confianza en la sociedad civil: su vitalidad, aunada, eso sí, a la *virtú* de Maquiavelo, haría posible sortear con éxito los obstáculos y las trampas que conducían al despotismo burocrático. Aferrado a su esperanza pensaba que la democracia todavía era posible. “Sólo la historia decide”, repetiría más tarde Weber. Para los teóricos de la “crisis de las democracias”, sin embargo, la cuestión se plantea en otros términos: dada la encrucijada con que se enfrenta el capital monopólico, el diagnóstico y las recomendaciones que formulan son ostensiblemente antidemocráticos, puesto que suponen la paralización de los movimientos e impulsos que emanan de la sociedad civil y la congelación de las expresiones de la lucha de clases, que constituyen la esencia misma de la democracia. La nueva teoría consagra como virtuosa la degradación de la política y el avasallamiento de las clases y grupos de la sociedad civil por un estado burocratizado y que cada vez con mayor despotismo –que esclaviza las almas sin atormentar los cuerpos, como decía Tocqueville– asegura la estabilidad de la dominación burguesa. En lugar de profundizar la democracia política se propone su mutilación porque, a la larga, el capitalismo monopólico recrea una sociedad profundamente dividida, un verdadero *apartheid* clasista, que es estructuralmente incompatible con aquélla. Una sociedad civil de ese tipo, adormecida y narcotizada por el opio de la mal llamada “cultura de masas” y los medios masivos de comunicación, y una democracia política recortada y maniatada, constituyen en nuestro tiempo el *desideratum* de esta nueva pléyade de ideólogos burgueses. La historia de la recuperación de la democracia en la América Latina de los años ochenta es un buen ejemplo de este extravío: los sucesivos ajustes económicos exigidos por la puesta en práctica de programas “ortodoxos” inspirados en los dogmas del liberalismo novecentista han quebrado las expectativas de justicia que grandes sectores de nuestras sociedades habían depositado en la restauración democrática. El predominio *de facto* de los intereses de las clases dominantes –derrotadas en la arena electoral pero triunfantes en las “alturas” del aparato estatal– produjo el lamentable vaciamiento de la fórmula democrática. Sus ominosas secuelas, nos parece, no tardarán demasiado en hacerse sentir.